

La globalización, como el conjunto de procesos tecnológicos, económicos, sociales y culturales que hace del mundo un espacio integrado e interdependiente está íntimamente ligada a un determinado modelo político y económico basado en la ideología del neoliberalismo, así como a un concreto modelo de vida sostenido en el consumo desmesurado, el afán por la acumulación, el individualismo exacerbado y la uniformidad cultural. Las recientes crisis financieras y de alimentos, el cambio climático, la pobreza persistente y el aumento de las desigualdades han llevado a un cuestionamiento profundo de las estrategias de crecimiento y de desarrollo convencionales. Es incuestionable que, como consecuencia de ello, vivimos en un mundo profundamente injusto, desigual e insostenible.

Hay un reconocimiento cada vez mayor de que tal y como están las cosas no se pueden afrontar los desafíos de desarrollo que la sociedad humana plantea para su continuidad. Se hace imperativo democratizar los sistemas económicos y de gobierno, reconociendo así los papeles no solo de los actores públicos y privados sino también de las organizaciones e instituciones comunitarias y colectivas al igual que la importancia de las alianzas entre todos estos actores.

A partir de este estado de cosas, es que surge lo que muchos activistas alrededor del mundo están llamando "Economía Solidaria". No es que se busque inventar un nuevo diseño económico, sino más bien de la participación colectiva hacia una meta que apunta al fortalecimiento, la construcción y la vinculación de las innumerables prácticas de solidaridad y cooperación económica que han existido en la sociedad desde hace mucho.

La Economía Solidaria critica el consumo desmedido ya que el sistema lo hace un objetivo para las personas, poniendo el afán por la acumulación por encima de otros criterios éticos y sociales. Ese sistema necesita dicho consumismo para mantener su propia estructura injusta. Ante esta realidad, el movimiento de la Economía Solidaria propone la extensión del concepto y la práctica del consumo responsable

promoviendo el consumo ético, ecológico y solidario, rechazando la publicidad agresiva y sobre todo el consumo superfluo, favoreciendo el comercio justo y el consumo de productos ambientalmente amigables. Los consumidores pueden, a través de sus acciones cotidianas, contribuir al cambio de las reglas de producción y consumo en la sociedad. En esas acciones y en la propia capacidad de elección, pueden convertir su acto de consumo en un acto de transformación social.

Las iniciativas de economía solidaria comparten un amplio abanico de valores que están en agudo contraste con los de la economía dominante. En lugar de implantar una cultura de competencia feroz se construyen comunidades y culturas de cooperación. En lugar de aislar a las personas unas de otras, se promueven relaciones de solidaridad y apoyo mutuo. En lugar de estructuras centralizadas de control se impulsa la responsabilidad compartida y una toma democrática de decisiones. En lugar de imponer una monocultura única de mercados globales, fortalece la diversidad de las culturas y ambientes locales. En lugar de priorizar los beneficios sobre todo lo demás, estimulan el esfuerzo por un más amplio compromiso con la justicia económica, social y ambiental.

La Economía Solidaria proporciona soluciones innovadoras a los desafíos económicos, sociales y medioambientales al introducir en la economía valores como la solidaridad, la equidad y la participación democrática en la toma de decisiones que pueden tener un impacto transformador, no solo en tiempos de crisis. Las iniciativas de Economía Solidaria pueden sin duda convertirse en instrumentos para el crecimiento económico inclusivo y justo fomentando así, la cohesión social.